

escrito a máquina

Un Papa baja a la tumba



Desde el año 12, fecha en que nací, hasta este agosto de 78, han gobernado la Iglesia Católica seis papas. Seis gruesos tomos de historia de uno de los periodos más intensos y revolucionarios del acontecer humano. El movimiento de cambio ya traía su impulso de siglos atrás, pero fue en 1914 (era Papa entonces Pío X) que un asesinato (siempre los asesinatos trascienden sus propias dimensiones!) hizo explotar las tensiones acumuladas produciendo el hecho de la Primera Guerra Mundial que transformaría para siempre, desde sus cimientos, las estructuras históricas universales. Yo era entonces un infante (infante significa infantis: el que no habla) pero mi habla sería afectada para siempre, con la de todos los hombres del siglo XX, por ese acontecimiento. Todo cambió de curso o, por lo menos, todo se salió de madre buscando nuevos cauces, desde el arte y la poesía hasta los regímenes políticos y los sistemas sociales; desde las preguntas a la vida hasta las respuestas a la muerte. Mi siglo ha sido de revoluciones y de revoluciones dentro de las revoluciones: Comunismo, Fascismo, Freud, Einstein, la bomba nuclear, los viajes al espacio, China, Africa Libre, Cuba, la cibernética, la televisión, la polución... En este siglo no ha acabado de nacer una idea cuando ya es cuestionada y sometida a revisión. El imperio de los Mil Años de Hitler no dura veinte. Stalin muere en la más alta y brutal apoteosis de poder que se conoce y antes de dos años es sacado de su tumba. Franco deja todo "bien amarrado" y antes de un año desmontan su régimen. El marxismo es revisado. Mao es revisado. Picasso, como raro Fenix, pinta con las cenizas de sus propias negaciones. El capitalismo se neo-capitaliza. La misma Iglesia Católica se somete a una autorrevisión y aún no alcanzamos a ver las proyecciones del Concilio Vaticano II. Nunca el hombre tuvo del tiempo histórico una experiencia de su velocidad tan conflictiva con su naturaleza: el futuro se acerca tan rápido que ya no da lugar a la vieja idea de que "el tiempo cura las cosas y trae las rosas", sino al contrario, a un sentimiento de ansiedad y zozobra de que el tiempo empeora las cosas. Así, por esta angustia, muchas revoluciones han quemado sus etapas no consiguiendo otra cosa que quemarse ellas mismas.

Estos pensamientos y otros que olvido se me venían a la mente mientras miraba en la TV., el cortejo que acompañaba los restos del sexto papa en mi vida —Pablo VI—, ese hombre de fisonomía un poco seca y águila, no con la simpatía campechana de Juan XXIII, pero sí encendida por una secreta y melancólica tensión como si fuera el espejo diáfano pero doloroso del tiempo que todos hemos vivido y que, si para toda la humanidad ha sido de agonía, para él fue de cruz ¡y no liviana!

Estuve con él en Roma. Entonces le llamaban "el Papa del Diálogo" porque trató de anudar las viejas y las nuevas rupturas, las viejas y las nuevas separaciones y los incesantes malentendidos de una época de crisis usando —como él definió el diálogo— "el impulso del amor que se manifiesta en obras externas de este mismo amor". El pescador veía su red rota y con angustia paternal tejía y volvía a tejer la unidad desgarrada. ...Ahora cruza en silencio el umbral del misterio ante el cual la razón no tiene respuestas. Sólo la fe.

Veo el cortejo y oigo los cantos fúnebres. Salmos en lengua latina parecen ascender desde el fondo milenar de la historia de Roma. Pero hay una diferencia entre la muerte de este hombre —un jefe espiritual, un guía, para muchos millones de cristianos— y la muerte

de los otros grandes que ha contemplado este siglo. Cuando Stalin, o Franco, o Mao murieron, la pregunta, más que sobre ellos clavaba su interrogación sobre su obra. Y entre las obras del hombre la que más rápidamente muere con su muerte es la del Poder. Ya vimos lo que han tardado en venirse abajo edificios del poder humano. En cambio, vemos el féretro del Papa y no inquieta su obra. Ha sido un jefe y no parece que afecte mucho su ausencia a ESO que él dirigía. Su poder ¿era de otra especie?. Se le dieron las llaves de un reino ¿qué abren o cierran esas llaves? ¿De qué signos externos podemos valernos? Podemos pensar incluso, como aquel autor, que una atómica destruye Roma y el Vaticano y terminan los signos tradicionales y solemnes del pontificado. En una larga cola de hombres esperando comprar pan en algún lugar del mundo, uno diría al otro: —Ese viejo que espera ahí su pan es el Papa de los cristianos. Y el otro, tal vez, se encogería de hombros. Pero ese Pontífice en la miseria siempre tendría esa llave. Un extraño, desconcertante poder. La obra de Pablo VI —éxito o fracaso— afecta, claro está, el proceso de la historia cristiana pero en una forma y medida que resulta imposible sopesar (por lo menos de inmediato) cuando esa historia es la de una religión que nace de un fracaso (el de la Cruz) pero proclamando la inaudita esperanza de una resurrección.

En la verdadera trama de los valores cristianos tiene más peso lo que significó de corona de espinas la tiara papal, que su lustre y esplendor en una apariencia de gran reino humano obedecido y acatado. En el esplendor medieval del papado, cuando reyes y emperadores acataban como la máxima autoridad moral de Occidente al Pontífice romano, cuando todo el edificio de la civilización remataba en una autoridad indiscutida y la fe parecía unánime, Francisco de Asís escucha la voz de Cristo que le dice: —"Mi casa se está cayendo".

En el esplendor del Poder el dueño de la casa (que ve por dentro) dictamina que está podrida, que se viene abajo y llama a un revolucionario de la pobreza para que la apuntele.

Este Papa que acaba de morir heredó las consecuencias de una revolución que todavía no termina y que todavía desconcierta a muchos. La historia había llevado a la Iglesia a ser poder. Y el Concilio Vaticano II repitió la voz de Cristo a Francisco.

"La Iglesia sólo desea una cosa —declara el Concilio:— continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido".

Entre nosotros, en un documento de alianza, o de intento de alianza, del Poder y la Riqueza, se quiso apelar, con un pensamiento arcaico pre-conciliar a la vieja idea de una Iglesia-Poder; pero por providencial coincidencia la Iglesia nicaragüense había ya preparado su propio documento en el que daba la respuesta, no del Poder, sino del Amor.

¡Y todavía los que oyen no entienden!

...El cortejo fúnebre del Papa puede engañar con su solemnidad hermosa e interpretarse como signo del Poder. Pero esta historia se escribe con un alfabeto distinto. —"¿Dónde está la Iglesia?— se preguntaba un teólogo. Y se respondía:— "Allí donde hay un hombre que sufre, allí donde hay un hombre maltratado. Porque todo lo que se hace a un hombre (sea cristiano o no) se le hace a la iglesia".

PABLO ANTONIO CUADRA.